

Jason Goodwin

# Los Señores el Horizonte

Una historia del Imperio otomano



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Lords of the Horizons. A History of the Ottoman Empire*

Traducción: Gregorio Alonso García

Primera edición: 2004

Tercera edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Escuela de Gentile Bellini: *Solimán I el Magnífico*. Colección particular. © Getty Images

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Jason Goodwin, 1998

© de la traducción: Gregorio Alonso García, 2004

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2004, 2016

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9104-482-6

Depósito legal: M. 25.872-2016

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

15 Prólogo

## Primera parte: Curvas y arabescos

- 25 1. Los orígenes
- 37 2. Los Balcanes
- 51 3. «El Rayo»
- 61 4. El asedio
- 82 5. El centro
- 91 6. El palacio
- 110 7. La guerra
- 128 8. Solimán el Magnífico
- 143 9. El orden
- 169 10. Las ciudades
- 183 11. El mar
- 194 12. Los ritmos

## Segunda parte: El tiempo turco

- 219 13. El tiempo turco
- 232 14. Estancamiento
- 240 15. La Jaula
- 252 16. La espiral
- 269 17. El Imperio

## Tercera parte: Los tesoros

- 299 18. Los tesoros
- 314 19. Koprulu y Viena

336	20.	Austria y Rusia
347	21.	Los «señores de los valles»
363	22.	La farsa
380	23.	Tierras fronterizas
405	24.	El «Feliz Acontecimiento»
422	25.	La bancarrota

450 Epílogo

### Anexos

459	Sultanes otomanos
461	Cronología del Imperio otomano
467	Glosario
471	Bibliografía
477	Índice temático

Me gustaría mostrar mi agradecimiento a Norman Stone, a la Fundación K. Blundell, a Jenny Uglow y a Alistair Langlands, cuyas mesas de comedor fueron secuestradas por los otomanos durante un año, como lo fuera Tolón en 1543.

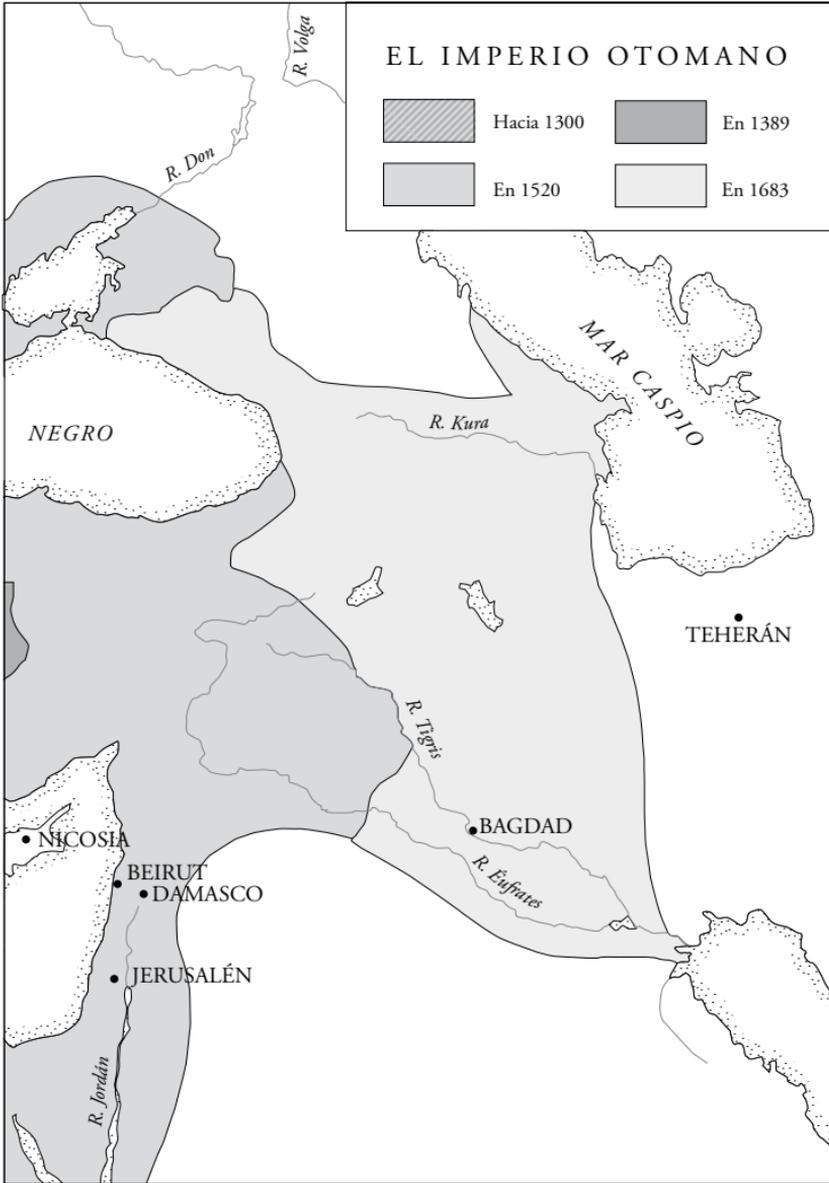


*Estas canciones no serán del gusto de todos, porque hay poca variedad en ellas; todas contienen las mismas palabras: héroe, caballero, jinete, galeote, serpiente, dragón, lobo, león, halcón, águila, nido del balcón y espada, sables, lanzas, Kraljevic, Kobilic, Zdrinovic, collares, medallones, decretos, cabezas cortadas, esclavos conducidos a tierra extraña, etc. A aquellos que les gusten, que las canten; y a los que no, que se vayan a dormir.*

Andrija Kacic-Miosic  
Venecia, 1756.



## EL IMPERIO OTOMANO





# Prólogo

En la parte trasera de la mezquita de Bayaceto en Estambul, cerca de los muros del Gran Bazar, se encuentran las ruinas de una antigua capilla bizantina. Bajo su techo abovedado hay un destartalado café. Los farolillos con forma de trompeta que cuelgan del techo vierten una débil luz sobre la clientela, mientras la puerta entreabierta permite observar el santuario de la mezquita, donde los fieles oran arrodillados, más allá del gigantesco ciprés que crece en el patio del templo y de las columnas de pórfido.

En el café, una pequeña orquesta –compuesta por una flauta, dos bombos, una viola y un triángulo– toca en un rincón, mientras una sábana iluminada por detrás se extiende en el otro. Ocupan los sillones ancianos bajás, algunos con uniformes, otros ataviados con estambulinas y feces, y todos ellos con los brazos cargados de nietos. Detrás se sienta un puñado de ancianos solemnes tocados con turbantes y fumando en pipa; un grupo de mujeres griegas y armenias, cubiertas por negros chales hasta la invisibilidad, y una pa-

reja de turistas de la agencia Cook, con trajes de *tweed*, esperan poder echar un vistazo al interior.

En un instante se podrá ver en la pantalla dando rápidos saltos a Karagoz y Hacivat, dos héroes del teatro de sombras chinescas, la versión otomana de Arlequín y Polichinela: siluetas articuladas, confeccionadas en piel seca de camello, decoradas y tratadas con aceite para los juegos traslúcidos. Según una tradición, el auténtico Karagoz, jorobado y grosero, y su hombre de confianza, Hacivat, iniciaron su actividad en 1396, durante la construcción de la gran mezquita del sultán Bayaceto en Bursa, y sus bufonadas se mostraron tan irresistibles que llegaron a detener los trabajos de construcción, por lo que el sultán les condenó a muerte. Los hay que afirman que, ya desde época romana, Constantinopla (Estambul) tenía su Karagoz y su Hacivat, y otros creen que esta pareja es un retoño del saber antiguo, aderezada en una versión corrupta de las galas del sufí, el chamán y el bardo.

Un armenio los maneja en el café semiderruido. Es un mimo y cómico capaz de mover al mismo tiempo cinco, seis e incluso siete marionetas. La suya es una profesión antigua y ambulante. Ha estado durante años en Hungría, haciendo rugir a la tropa, y en Egipto, donde provocaba la sonrisa del bajá. Montado en un furgón del ejército, ha llevado sus figuras articuladas, su lámpara y su pantalla por Iraq y Crimea, incluso por la comarca de Venecia; también ha ido a Argelia con la flota. Los turistas de la agencia Cook han sido invitados a presenciar el espectáculo, que se inicia en turco con un descarado acento extranjero. La orquesta gime y chirría, las mujeres armenias ríen de manera nerviosa, los niños se retuercen y un continuo ir y venir de tazas de café atraviesa la sala. Los encargados de portarlas son jóvenes circasianos vestidos «a la manera tradicional»: panta-

lones abolsados, chalecos y rollos de lino de colores apilados sobre sus afeitadas cabezas.

Este libro trata de un pueblo que no existe. La palabra «otomano» no se refiere a ningún lugar. Nadie habla su lengua hoy en día; tan sólo algunos catedráticos pueden entender su poesía. «No tenemos clásicos», afirmó un poeta turco durante un simposio sobre poesía en Sofía en 1964, al pedirle que diese ejemplos de versos otomanos clásicos.

El Imperio otomano se expandió y decayó a lo largo de seiscientos años. Avanzó desde los polvorientos *beylik* de las laderas de Anatolia, en los albores del siglo XIV, para conquistar las reliquias y herencias de Bizancio y extenderse, desde el Adriático hasta el mar Negro, por toda la península Balcánica: Grecia, Serbia y los principados de Valaquia y Moldavia, al norte del Danubio. La claudicación de los tártaros de Crimea en el siglo XV, junto con la toma de Constantinopla en 1453, sirvieron para completar su control del mar Negro. En 1517 logró aplastantes victorias en el corazón del islam, pasando a su control Siria, Arabia y Egipto, además de las ciudades santas de La Meca y Medina. El Imperio otomano se extendía desde el Danubio hasta el Nilo y controlaba las principales vías de comunicación entre Europa y Oriente Próximo.

En aquella época, era un imperio islámico, guerrero, culto y tolerante. Los territorios allende sus fronteras se conocían, según la tradición islámica, como *Dar ul-Harb*, «la Morada de la Guerra», y para quienes los habitaban, el Imperio producía pavor. Sin embargo, los pueblos sometidos pertenecían al *Dar ul-Islam*, «la Morada de la Paz», y consideraban al Imperio un prodigio de brío, tan vigoroso y bien ordenado que parecía un milagro del ingenio humano; tan-

to unos como otros consideraban que, en su aparición, habían actuado poderes ajenos a los hombres, divinos o diabólicos, dependiendo del punto de vista.

Pero los otomanos comenzaron a desfallecer a principios del siglo XVII. El Mediterráneo pasó a un segundo plano y el espíritu islámico parecía haberse paralizado. Las territorios occidentales de su Imperio se mostraban quejosos y divididos, y los conflictos que generaban eran cada vez más fuertes y frecuentes. En el mundo otomano e islámico, las batallas ya estaban ganadas de antemano, y las disputas fueron suprimidas; el Derecho se recogió por escrito, aferrándose los otomanos al pasado con un orgullo narcisista y una gran rigidez.

Durante los siguientes trescientos años, el Imperio se enfrentó a pronósticos que vaticinaban su inminente colapso. Díscolo y ruinoso, su política fue un rompecabezas de corruptelas y sus objetivos estuvieron arropados por la pereza; pero también fue un milagro su maravillosa decadencia. «Se ha convertido en un cuerpo viejo y resquebrajado por muchos vicios, que permanecen después de que desaparecen la juventud y la fuerza», escribía sir Thomas Roe en 1621. El resquebrajado cuerpo sobrevivió más de tres siglos, superando en cuatro años a sus enemigos más feroces: el zar ruso y el emperador Habsburgo. Los otomanos no fueron desplazados de Bosnia hasta 1878 y el sultán reinó, aunque no gobernaba, en Egipto hasta 1882. Albania, en la costa adriática, fue una de las regiones que mayor resistencia opuso al control turco en el siglo XV, pero los albaneses todavía en el año 1909 mandaban representantes a Constantinopla.

Fue un imperio islámico, aunque muchos de sus súbditos no eran musulmanes y no se hizo ningún esfuerzo por convertirlos. Controlaba las vías de comunicación entre Orien-

te y Occidente, pero no estaba interesado de una manera especial en el comercio. Era comúnmente aceptado como «Imperio turco», aunque la mayoría de sus jefes y oficiales, así como los cuerpos de élite del ejército, eran eslavos balcánicos. Su protocolo era bizantino; su dignidad, persa; su riqueza, egipcia; y su literatura, árabe. Entre sus contemporáneos, los turcos no tenían fama de buenos constructores, aunque un oscuro gran visir es recordado por erigir más iglesias que Justiniano. No inventaron sistemas de desarrollo agrario, pero la producción agrícola alcanzó altos niveles, en especial en los territorios conquistados en Europa. No eran generalmente fanáticos religiosos; los otomanos eran musulmanes suníes, seguidores de la moderada escuela de interpretación coránica hanefí. Los sultanes leían la vida de Alejandro Magno, pero no estaban particularmente interesados en el pasado<sup>1</sup>. No obstante, el joven Iván el Terrible aprendió a leer con la vida de Mehmet el Conquistador, y los venecianos, a los que siempre gustó saber cómo funcionaban las cosas, admiraban ardientemente el sistema de gobierno diseñado por Mehmet, en el que vislumbraron algo propio de Palladio, por su armonía y la belleza de sus proporciones.

El Imperio sobrevivió a su grandeza, como es bien sabido. Cuando Napoleón llegó a las costas egipcias, era consi-

1. Les importaba la posteridad, ciertamente. A Abdi, el historiador aúlco de Mehmet IV(1648-1687), el sultán siempre le tenía cerca de su persona, como encargado que era del deber especial de escribir los anales de su reinado. Una mañana Mohamed (Mehmet) le preguntó: «¿Qué habéis escrito hoy?». Abdi, incautamente, contestó que aquel día no había sucedido nada lo suficientemente importante sobre lo que escribir. El sultán arrojó una lanza a aquel irrespetuoso con la realza, le hirió y exclamó: «Ahora ya tienes algo de lo que escribir» (Creasy).

derado tan débil como España y tan desprovisto de su antigua pompa como la propia Venecia. Aunque rico en talento, el Imperio otomano fue siempre incapaz de proporcionarse un escenario brillante donde desarrollarlo. La gran mayoría de sus mejores navegantes eran griegos; sus más avezados comerciantes eran armenios; sus soldados estaban a los órdenes de oficiales ineptos, aunque su arrojo se admiraba en todas partes; y los altos dignatarios imperiales trabajaban en casa rodeados de una insoportable atmósfera de sospecha. El Imperio se consumió en el siglo XX sin blancos acantilados que lo escudaran, como Inglaterra, ni lengua común que lo mantuviera unido, como Francia. A diferencia de España, no estaba comprometido con ensoñaciones de pureza religiosa, y nunca descubrió el oro, ni el comercio atlántico ni el vapor. Los otomanos, en los momentos finales, preferían la negociación a la toma de decisiones, la tradición a la innovación, y una comprensión reducida del desarrollo del mundo, en especial de todo aquello que en Occidente era pujante y desarrollado.

Es posible que nunca una potencia haya caído tan bajo en la búsqueda del reconocimiento internacional como lo hizo Turquía durante la Guerra de Crimea –la primera contienda donde hubo presencia de la prensa–, en la que, aliada con Francia e Inglaterra, se enfrentó a Rusia. El zar Nicolás I definía el Imperio otomano como el «enfermo de Europa», y los dirigentes británicos de la época victoriana se referían a él, de una forma impersonal, como «la cuestión de Oriente», cuya respuesta, por implicación, correspondía tomar a los fornidos caballeros cristianos. Fue entonces cuando, para muchos occidentales, claro está, lo que había sido motivo de temor se convirtió en objeto de curiosidad e incluso de admiración: realmente nadie podía negar la belleza de

una sociedad tradicional, y los pintores encontraron un mercado preparado para sus descripciones del Mediterráneo oriental. Durante el siglo XIX, el Imperio hizo un esfuerzo de remodelación siguiendo patrones occidentales para, como todos esperaban, poder disfrutar de su magia, pero este cambio tan agitado le asestó el golpe definitivo, dado que su corazón estaba ya muy débil.

Al final de la representación, meten a Karagoz en un ataúd para ser enterrado, pero justo antes de apagarse las luces empuja la tapa, sale de un salto, se sienta sobre la caja y estalla en carcajadas. El titiritero armenio apaga la lámpara. Después de un *crescendo*, la pequeña orquesta deja los instrumentos. Los jóvenes circasianos que habían servido las bebidas pasan ahora entre la audiencia para recoger unas monedas, y las hijas de los bajás, que se han reído de manera nerviosa con los diálogos más picantes, salen del café.

El gran maestro que estaba detrás de todos los movimientos y del bullicio de aquella prodigiosa interpretación conocida como el Imperio otomano avanza, empaqueta sus marionetas, apaga su lámpara y deja detrás la solitaria pantalla: las colinas, los llanos y las depresiones de los Balcanes, las mesetas y las costas de Anatolia, las santas ciudades de La Meca y Medina, las arenas de Egipto, las praderas de Hungría y las grises aguas del Bósforo, que rompen sus olas contra los pilares del puente de Gálata.



Primera parte

# Curvas y arabescos



# 1. Los orígenes

La gran estepa euroasiática es una región de matorral y pradera que se extiende desde la frontera con China hasta las orillas del mar Negro. Al norte da paso a bosques de coníferas y a llanuras permanentemente heladas; al sur, está prácticamente rodeada de desiertos. La hierba de la estepa es muy dura y el clima resulta demasiado variable para el cultivo. Escasea el agua, y en los últimos cincuenta años, desde que los soviéticos introdujeron maquinaria para cultivar la zona, los ríos se han ido secando y el propio mar Caspio –enorme, rodeado por completo de tierra, un reflejo de la propia estepa– ha empezado a retroceder.

Los habitantes de la región recorrían las praderas con sus rebaños, viviendo en tiendas y cabalgando a lomos del pequeño y resistente poni turco. Fue precisamente en esta zona donde se domó por primera vez el caballo en algún momento del tercer milenio antes de Cristo. Estos pueblos eran comúnmente conocidos como «turcos» y estaban organizados en tribus o clanes. Durante siglos, el espacio que